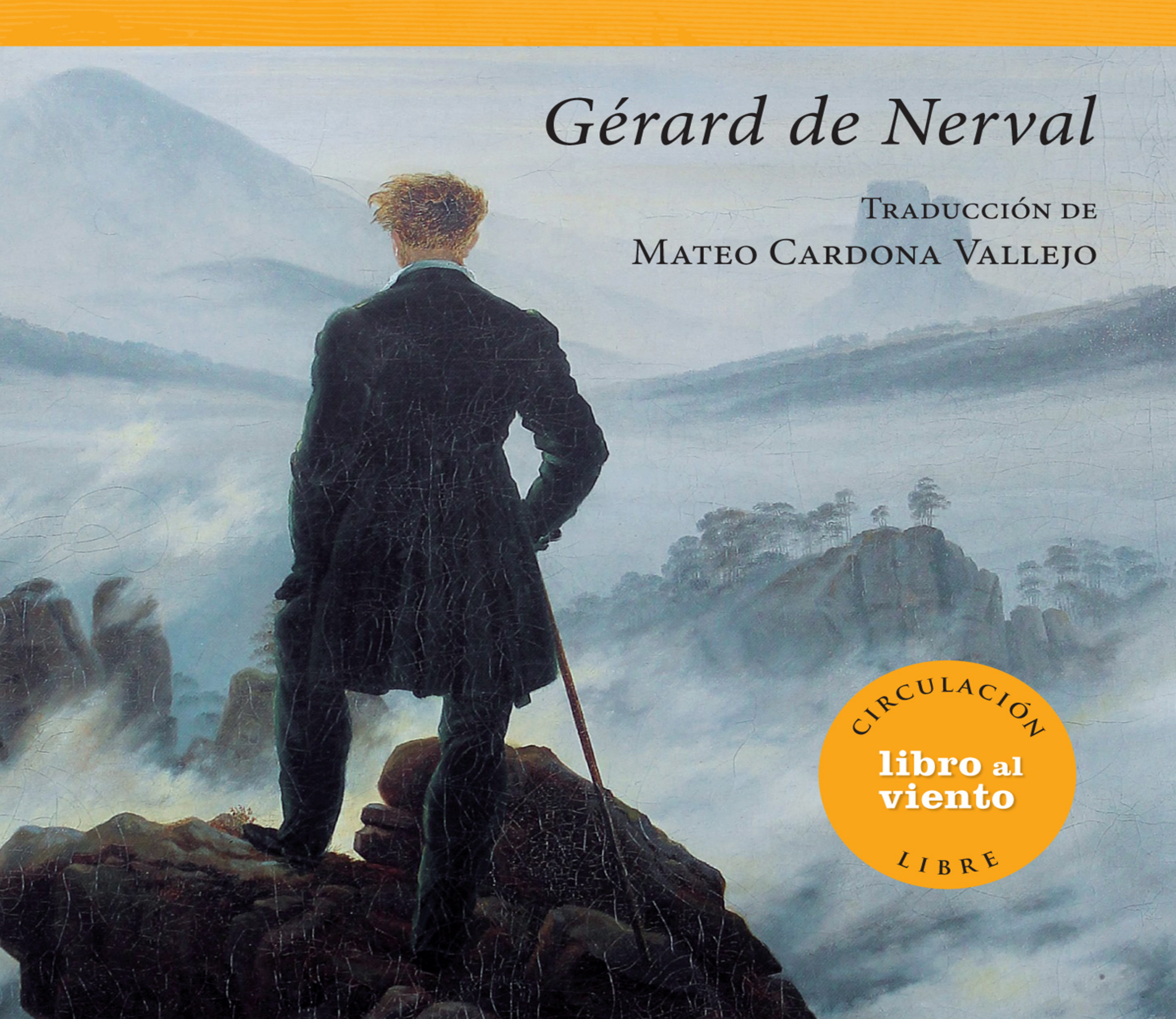
Sylvie
Recuerdos del Valois





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.



Sylvie
Recuerdos del Valois

Gérard de Nerval

Traducción de
Mateo Cardona Vallejo
Ganador de la Beca Nacional
de Traducción – Francés, Idartes 2016

Imágenes: carátula: detalle de *El caminante sobre el mar de nubes* de Caspar David Friedrich, 1818; página 6: Gérard de Nerval, foto de Félix Nadar; ilustraciones tomadas de *ClipArt ETC*, http://etc.usf.edu

Antonio García Ángel, Editor
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
eLibros Editorial, producción eBook
978-958-8997-02-5, ISBN (impreso)
978-958-8997-03-2, ISBN (digital)

Gerencia de Literatura Idartes
Calle 8 n.° 8-52
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento Gerencia Literatura Idartes @Libro_Al_Viento

Traducción de «Sylvie, recuerdos del Valois»
Mateo Cardona Vallejo, Beca Nacional de Traducción - Francés 2016
Resolución 545 de 2016 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores del concurso Beca Nacional de Traducción, de la Convocatoria de Literatura, Programa Distrital de Estímulos 2016, y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca Nacional de Traducción - Francés 2016
Mediante la Resolución 289 del 1 de abril de 2016 se designaron como jurados del concurso Beca Nacional de Traducción - Francés a Adelaida Lozano Forero, María Mercedes Correa Ortiz y Antonio Joaquín García Ángel.

Contenido

Cubierta

Libro al Viento

Portada

Créditos

Gérard de Nerval
por *Antonio García Ángel*

Nota del traductor

Sylvie, recuerdos del Valois

I. Noche perdida
II. Adrienne
III. Resolución
IV. Viaje a Citera
V. El pueblo
VI. Othys
VII. Châalis
VIII. El baile de Loisy
IX. Ermenonville
X. El Crespo
XI. Regreso
XII. Don Gordo
XIII. Aurélie
XIV. Última hoja



Gérard de Nerval. Foto de Félix Nadar.

Gérard de Nerval

Gérard de Nerval (1808-1855) encarna como nadie los valores del romanticismo francés. Admirador de Rousseau, traductor del *Fausto* de Goethe y de las poesías de Schiller y Heine, participante de la Batalla de Hernani con la que los románticos plantaron cara a los clasicistas, amigo de Victor Hugo –a quien dedica *Los doctrinarios*– y Théophile Gautier –con quien comparte aulas escolares, vivienda y proyectos editoriales–, viajero a Oriente –que resultaría en un libro publicado en 1851–, integrante de la primera bohemia francesa, dandy, provocador, aficionado al ocultismo, enamorado no correspondido –de la Baronesa de Feuchères, de la actriz Jenny Colon–, loco –tiene su primera crisis a los 33 años– y finalmente suicida –se ahorca el 26 de enero de 1855, arruinado e incapaz ya de escribir–. Ninguna biografía de sus contemporáneos se ajusta tan bien como la suya al espíritu de ese movimiento que paradójicamente lo tuvo como una figura menor durante muchos años, a la sombra de figuras como Victor Hugo y Chateaubriand. Tendrían que venir luego escritores como Proust y Apollinaire, además de los surrealistas, para situarlo en el lugar que se merece.

Nuestro Libro al Viento 121, *Sylvie, recuerdos del Valois* es quizá su trabajo más representativo. En él se entremezclan la añoranza y el ensueño, el amor idealizado y el amor posible –que no se concretan–, la pasión intelectual y la fascinación por la naturaleza. Fue publicada el 15 de agosto de 1853 en la *Revue des Deux Mondes* y compilada el año siguiente en el volumen *Las hijas del fuego*. Desde entonces, *Sylvie* ha tenido innumerables traducciones al español, pero puedo decir con conocimiento de causa que ninguna tan ajustada y cuidadosa como la de Mateo Cardona, ganador en 2016 de la primera Beca Nacional de Traducción que otorga el Idartes.

Antonio García Ángel

NOTA DEL TRADUCTOR

EL TRADUCTOR se mete en la piel del autor y procura entregar un texto en su lengua materna –que en mi caso es el lenguaje bogotano– lo más fiel posible al original. Eso no debe significar de ningún modo «domesticar» la obra: lo que ella tiene de oscuro, de insinuado, de no dicho y de foráneo, debe conservarse en la traducción. Es lo que he intentado, y por esa razón no he incluido notas aclaratorias. Doy por sentada la inteligencia del lector, su recursividad infinita en esta era de los buscadores de internet, y le dejo la tarea de investigar por su cuenta aquellos nombres y palabras que no conozca aún por dos razones: para no interrumpir el hilo del relato con llamadas inoportunas al pie de la página y para no insultarlo con concesiones que no me ha pedido. La relación del lector con su libro debe ser como la amistad, como el romance: un descubrimiento progresivo, una seducción, nunca un encuentro abrupto.

Por otro lado quise apartarme, cada vez que encontré la oportunidad de hacerlo, de los usos y modos que nos imponen las traducciones no colombianas, partiendo de la soberanía y legitimidad de nuestra variante del español. Eso no quiere decir que haya acudido a una lengua sectaria o incomprensible para los lectores de fuera de Colombia, sino que quise rendir homenaje a nuestros usos y modos de nombrar o de inventar la realidad. Tenemos derecho a nuestro propio idioma, que además es hirsuto, frondoso, multicolor y diverso. Debemos cultivarlo con orgullo y generosidad. Pero cuidado: por tratarse de una obra francesa que menciona, por ejemplo, especies de flora del viejo continente o costumbres de raigambre europea, me abstuve de americanizar –o de colombianizar– aquello que no lo permitía. Espero que ese esfuerzo de funámbulo entre las dos orillas –la local y la universal– de esta traducción haya valido la pena, pero el dictamen le compete al lector: a él me acojo.

MATEO CARDONA VALLEJO
Bogotá, septiembre de 2016

Sylvie
Recuerdos del Valois

Gérard de Nerval





I. Noche perdida

Salía yo de un teatro donde todas las noches aparecía en el palco de proscenio con mi mejor atuendo de pretendiente. A veces todo estaba lleno, a veces todo estaba vacío. Poco me importaba detener la mirada sobre una platea poblada solamente por una treintena de aficionados forzados, sobre unos palcos adornados con gorros o vestimentas anticuadas; o bien formar parte de una sala animada y vibrante, coronada en todos sus pisos por vestidos floridos, joyas resplandecientes y rostros radiantes. Indiferente al espectáculo de la sala, el del teatro no me detenía mucho, excepto cuando en la segunda o tercera escena de una tediosa obra maestra de entonces, una aparición bien conocida iluminaba el espacio vacío, devolviendo la vida con un aliento y una palabra a aquellas vanas figuras que me rodeaban.

Yo me sentía vivir en ella, y ella vivía sólo para mí. Su sonrisa me llenaba de una beatitud infinita; la vibración de su voz, tan dulce y sin embargo de tan fuerte timbre, me hacía estremecer de dicha y amor. Ella tenía para mí todas las perfecciones, respondía a todos mis entusiasmos, a todos mis caprichos; hermosa como el día al resplandor de las candilejas que la alumbraban desde abajo, pálida como la noche cuando las tenues candilejas la dejaban iluminada desde lo alto bajo los rayos de la araña y la mostraban más natural, brillando en la sombra con su sola belleza, como las Horas divinas que se recortan, con una estrella en la frente, sobre los fondos pardos de los frescos de Herculano.

Transcurrido un año, no se me había ocurrido aún informarme de lo que pudiera ser ella fuera del teatro; temía enturbiar el espejo mágico que me devolvía su imagen, y a lo sumo había prestado oído a ciertos rumores que concernían no ya a la actriz sino a la mujer. Me interesaron tan poco como las habladurías que han podido correr sobre la princesa de Élide o sobre la reina de Trebisonda; uno de mis tíos, quien había vivido en los penúltimos años del siglo XVIII tal como era preciso vivir para conocerlo bien, me había advertido oportunamente que las actrices no eran mujeres y que la

naturaleza había olvidado hacerles corazón. Sin duda hablaba de las de aquel tiempo; pero me había contado tantas historias sobre sus desilusiones, sus decepciones, y mostrado tantos retratos en marfil –medallones encantadores que luego usaba para adornar tabaqueras–, tantas cartas amarillentas, tantos favores marchitos, mientras me contaba las historias y sus saldos definitivos, que me acostumbré a pensar mal de todas sin tener en cuenta el orden de los tiempos.

Vivíamos entonces en una época extraña, como las que suelen seguir a las revoluciones o a las decadencias de los grandes reinos. Ya no era la galantería heroica como durante la Fronda, el vicio elegante y adornado como en la Regencia, el escepticismo y las locas orgías del Directorio; era una mezcla de actividad, vacilación y pereza, de utopías brillantes, aspiraciones filosóficas o religiosas, de entusiasmos vagos, mezclados con ciertos instintos de renacimiento; de hastíos por las discordias pasadas, por las esperanzas inciertas, algo así como la época de Peregrino y Apuleyo. El hombre material aspiraba al ramo de rosas que, de manos de la bella Isis, debía regenerarlo; la diosa, eternamente joven y pura, se nos aparecía en las noches y nos hacía avergonzar de nuestras horas diurnas perdidas. La ambición, sin embargo, no era propia de nuestra edad, y la ávida rebatiña de entonces por posiciones y honores nos alejaba de las esferas de actividad posibles. Sólo nos quedaba por asilo aquella torre de marfil de los poetas, adonde subíamos siempre más alto para aislarnos de la multitud. En esos puntos elevados adonde nos guiaban nuestros maestros, respirábamos al fin el aire puro de las soledades, bebíamos el olvido en la copa de oro de las leyendas, permanecíamos ebrios de poesía y amor. Amor, ¡ay, por las formas vagas, los tonos rosas y azules, los fantasmas metafísicos! Vista de cerca, la mujer real sublevaba nuestra ingenuidad; era preciso que apareciera como reina o diosa y, sobre todo, que no nos acercáramos a ella.

Algunos entre nosotros, sin embargo, apreciaban poco esas paradojas platónicas y, a través de nuestros sueños renovados de Alejandría, agitaban a veces la antorcha de los dioses subterráneos, que alumbra un instante la sombra con sus estelas de chispas. Es así como, saliendo del teatro con la amarga tristeza que deja un sueño desvanecido, iba con gusto a unirme a un círculo donde se cenaba en numerosa compañía, y donde cualquier melancolía cedía frente a la elocuencia inagotable de algunos espíritus brillantes, vivaces, tempestuosos, a veces sublimes, como los que siempre han existido en épocas de renovación o de decadencia, y cuyas discusiones

se elevaban hasta ese punto en que los más tímidos de nosotros se asomaban a veces a las ventanas para ver si los hunos, los turcomanos o los cosacos llegaban por fin a atajar aquellos argumentos de oradores y sofistas.

—¡Bebamos, amemos, esa es la sabiduría!

Tal era la única opinión de los más jóvenes. Uno de ellos me dijo:

—Hace mucho tiempo que te encuentro en el mismo teatro, y cada vez que voy allí. ¿Por cuál de ellas vas?

¿Por *cuál de ellas*?... No me parecía que se pudiera ir allá por otra. No obstante, confesé un nombre.

—Pues bien –dijo mi amigo con indulgencia– allí ves al hombre feliz que acaba de llevarla a casa y que, fiel a las leyes de nuestro círculo, no irá a reunirse con ella sino, tal vez, pasada la noche.

Sin mucha emoción, giré la mirada hacia el personaje indicado. Era un joven correctamente vestido, de rostro pálido y nervioso, de buenos modales y ojos impregnados de melancolía y dulzura. Arrojaba oro sobre una mesa de *whist* y lo perdía con indiferencia.

—¿Qué me importa –dije– él o cualquier otro? Tenía que haber uno, y ese me parece digno de haber sido elegido.

—¿Y tú?

—¿Yo? Una imagen persigo, nada más.

Al salir pasé por la sala de lectura y, con gesto maquinal, miré un periódico. Era, creo, para ver las cotizaciones de la Bolsa. Entre los vestigios de mi opulencia se hallaba una suma bastante importante en títulos extranjeros. Había corrido el rumor de que, después de pasar mucho tiempo olvidados, serían reconocidos –lo que acababa de suceder a consecuencia de un cambio de ministerio–. Los fondos ya se cotizaban muy bien; volvía a ser rico.

Un solo pensamiento resultó de este cambio de situación, el de que la mujer amada por tanto tiempo era mía si así lo quería. Alcanzaba mi ideal con los dedos. ¿No se trataba, otra vez, de una ilusión, de una burlona errata de imprenta? Pero las demás hojas lo confirmaban. La suma ganada se erigía ante mí como la estatua dorada de Moloch. «¿Qué diría ahora –pensé– el joven de hace un momento, si fuera a tomar su lugar al lado de la mujer que ha dejado sola?...» Me estremecí ante aquel pensamiento y mi orgullo se sublevó.

«¡No! No es así, ni a mi edad, como se mata al amor con oro: no seré un corruptor. Además es una idea de otra época. ¿Quién me dice que esta

mujer sea venal?» Mi mirada recorría vagamente el periódico, que aún sostenía, y leí en él estas dos líneas: «Fiesta del Ramo provincial. — Mañana, los arqueros de Senlis deben devolver el ramo a los de Loisy.» Estas palabras, tan sencillas, despertaron en mí toda una nueva serie de impresiones: era un recuerdo de la provincia por mucho tiempo olvidada, un eco lejano de las fiestas ingenuas de la juventud. La trompa y el tambor resonaban a lo lejos en las aldeas y los bosques; las muchachas trenzaban guirnaldas y disponían, cantando, ramos engalanados con cintas. Una pesada carreta, tirada por bueyes, recibía aquellos regalos a su paso y nosotros, los niños de la comarca, formábamos el cortejo con nuestros arcos y flechas, ostentando el título de caballeros, sin saber entonces que no hacíamos más que repetir de generación en generación una fiesta druídica que había sobrevivido a las monarquías y las religiones nuevas.

II. Adrienne

Regresé a mi cama y no pude encontrar el reposo. Hundido en una semisomnolencia, toda mi juventud volvía en mis recuerdos. Ese estado, en que el espíritu resiste aún a las extrañas combinaciones del ensueño, permite a menudo ver cómo se comprimen en pocos minutos los cuadros más sobresalientes de un largo período de la vida.

Me representaba un castillo de los tiempos de Enrique IV con sus tejados puntiagudos cubiertos de pizarras y su fachada rojiza con las esquinas dentadas de piedras amarillentas, una gran plaza verde enmarcada por olmos y tilos cuyo follaje atravesaba el sol poniente con sus saetas inflamadas. Unas muchachas bailaban en círculo sobre el césped cantando antiguas melodías transmitidas por sus madres, y con un francés tan naturalmente puro que uno se sentía existir en aquel viejo país del Valois donde, por más de mil años, ha latido el corazón de Francia.

Yo era el único muchacho en aquel círculo, al que había traído a mi amiga, aún muy joven, Sylvie, una niña de la aldea vecina, tan viva y tan fresca, con sus ojos negros, su perfil regular y su piel ligeramente bronceada… Sólo la amaba a ella, sólo la veía a ella –¡hasta entonces!–. Apenas me había fijado, en el círculo donde bailábamos, en una rubia, alta y hermosa, a quien llamaban Adrienne. De pronto, siguiendo las reglas de la danza, Adrienne se encontró sola conmigo en medio del círculo. Éramos de la misma estatura. Nos dijeron que nos besáramos, y la danza y el coro giraban más rápidamente que nunca. Al darle aquel beso no pude evitar apretarle la mano. Los largos anillos enrollados de sus cabellos de oro rozaban mis mejillas. A partir de aquel momento, una turbación desconocida se apoderó de mí. La muchacha tenía que cantar para poder regresar a la danza. Nos sentamos a su alrededor e, inmediatamente, con una voz fresca y penetrante, ligeramente velada como la de las niñas de aquel país brumoso, cantó una de aquellas antiguas romanzas llenas de melancolía y amor, que cuentan siempre las desdichas de una princesa

encerrada en su torre por voluntad de un padre que la castiga por haber amado. La melodía se terminaba a cada estrofa con aquellos trinos tremulantes que lucen tanto a las voces jóvenes cuando imitan con un escalofrío modulado la voz temblorosa de las abuelas.

A medida que cantaba, la sombra descendía de los grandes árboles, y el naciente claro de luna caía únicamente sobre ella, aislada de nuestro atento círculo. Se calló, y nadie se atrevió a romper el silencio. El césped estaba cubierto de débiles vapores condensados que extendían sus blancos copos sobre las puntas de las yerbas. Creíamos estar en el paraíso. Por fin me levanté, corrí al jardín del castillo, donde había unos laureles plantados en grandes jarrones de loza pintados en grisalla. Traje dos ramas, que fueron trenzadas en corona y anudadas con una cinta. Puse sobre la cabeza de Adrienne aquel adorno, cuyas hojas lustrosas resplandecían sobre sus cabellos rubios a los pálidos rayos de la luna. Se parecía a la Beatriz de Dante que sonríe al poeta errante en las lindes de las santas moradas.

Adrienne se levantó. Alargando su cintura esbelta nos hizo un gracioso saludo y volvió corriendo al castillo. Era, nos dijeron, nieta de uno de los descendientes de una familia emparentada con los antiguos reyes de Francia; la sangre de los Valois corría por sus venas. Aquel día de fiesta le habían permitido mezclarse en nuestros juegos; no la volveríamos a ver, pues al día siguiente regresó al convento donde se hallaba interna.

Cuando regresé junto a Sylvie, me di cuenta de que lloraba. La corona que mis manos habían entregado a la hermosa cantante era el motivo de sus lágrimas. Me ofrecí para ir a cortarle otra, pero dijo que no la quería de ninguna manera, pues no la merecía. En vano quise defenderme; no me dijo una sola palabra más mientras la acompañaba a casa de sus padres.

Cuando a mi vez fui reclamado en París para reanudar mis estudios, llevé conmigo aquella doble imagen de una tierna amistad tristemente rota y, luego, de un amor imposible y vago, fuente de pensamientos dolorosos que la filosofía del colegio era incapaz de calmar.

La figura de Adrienne fue la única victoriosa, espejismo de la gloria y la belleza que atenuaba o compartía las horas de severos estudios. En las vacaciones del año siguiente me enteré de que aquella beldad apenas entrevista había sido consagrada por su familia a la vida religiosa.

III. Resolución

Aquel recuerdo medio soñado me lo explicaba todo. Ese amor vago y sin esperanzas, inspirado por una mujer de teatro, que todas las noches se apoderaba de mí a la hora del espectáculo para no dejarme hasta la hora del sueño, tenía su germen en el recuerdo de Adrienne, flor de la noche abierta a la pálida claridad de la luna, fantasma rosa y rubio que se deslizaba sobre la verde hierba medio bañada de blancos vapores. La semejanza de una figura olvidada desde años atrás se dibujaba ahora con singular nitidez; era un bosquejo difuminado por el tiempo que se convertía en pintura, como esos viejos bocetos de maestros que se admiran en un museo y cuyo deslumbrante original puede verse en otra parte.

¡Amar a una monja en la forma de una actriz!... ¡y si fuera la misma! ¡Es para volverse loco! Es un impulso fatal en el que lo desconocido te atrae como el fuego fatuo que huye entre los juncos de un agua muerta... Pongamos de nuevo los pies en la realidad.

Y Sylvie, a quien tanto amaba, ¿por qué la he olvidado desde hace tres años?... ¡Era una muchacha muy bonita, y la más hermosa de Loisy!

Ella existe, buena y pura de corazón, sin duda. Vuelvo a ver su ventana donde el pámpano se enlaza con el rosal, con la jaula de currucas colgada a la izquierda; oigo el ruido de sus bolillos sonoros y su canción favorita:

Estaba sentada la bella
A la orilla del arroyuelo...

Todavía me espera... ¿Quién se habría casado con ella? Es tan pobre.

¡En su pueblo y en los de los alrededores, buenos campesinos en ropa de trabajo, de manos toscas, rostro enjuto, tez bronceada! Me amaba sólo a mí, al pequeño parisino, cuando iba a ver cerca de Loisy a mi pobre tío, hoy ya muerto. Hace tres años que derrocho como un señor los modestos bienes

que me dejó y que podrían alcanzarme para toda la vida. Con Sylvie, los habría conservado. El azar me devuelve una parte. Aún me queda tiempo.

¿Qué hará a esta hora? Duerme... No, no duerme; hoy es la fiesta del arco, la única del año en la que se baila toda la noche. Está en la fiesta...

¿Qué hora es?

No tenía reloj.

En medio de todos los esplendores de baratillo que era usual reunir en aquella época para restaurar en su color local un apartamento de antaño, brillaba con renovado esplendor uno de aquellos relojes de péndulo renacentistas de carey, cuya cúpula dorada rematada por la figura del Tiempo se apoya en cariátides de estilo Médicis que, a su vez, descansan sobre caballos medio encabritados. La Diana histórica, acodada en su ciervo, aparece en bajorrelieve debajo de la esfera, donde se extienden sobre un fondo nielado las cifras esmaltadas de las horas. Al mecanismo, excelente sin duda, no se le había dado cuerda en dos siglos. No era para saber la hora por lo que había comprado aquel reloj en la Turena.

Bajé a donde el conserje. Su reloj de cucú marcaba la una de la madrugada. «En cuatro horas –me dije– puedo llegar al baile de Loisy». En la plaza del Palais-Royal había aún cinco o seis coches de alquiler estacionados para los asiduos de las tertulias y las casas de juego:

—¡A Loisy! –le dije al de mejor aspecto.

—¿Dónde queda eso?

—Cerca de Senlis, a ocho leguas.

—Lo llevaré hasta la posta –dijo el cochero, menos preocupado que yo.

¡Qué triste ruta, de noche, esa ruta de Flandes, que sólo se vuelve hermosa al llegar a la zona de los bosques! Siempre esas dos hileras de árboles monótonos que gesticulan formas vagas; más allá, parcelas de verdor y de tierra removida, limitadas a la izquierda por las colinas azulosas de Montmorency, Écouen, Luzarches. Aquí está Gonesse, el burgo vulgar lleno de recuerdos de la Liga y de la Fronda…

Más allá de Louvres hay un camino bordeado de manzanos cuyas flores muchas veces vi abrirse en la noche como estrellas de la tierra: era el más corto para llegar a las aldeas. Mientras el coche sube las cuestas, recompongamos los recuerdos de la época en que tan a menudo venía.

IV. VIAJE A CITERA

HABÍAN TRANSCURRIDO ALGUNOS AÑOS: la época en la que había conocido a Adrienne frente al castillo ya no era más que un recuerdo de infancia. Me encontré de nuevo en Loisy en el momento de las fiestas patronales. Fui a reunirme otra vez con los caballeros del arco, ocupando un lugar en la compañía de la que ya había formado parte. Unos jóvenes, pertenecientes a las viejas familias que aún poseen allí, perdidos en los bosques, varios castillos de esos que han padecido más por el tiempo que por las revoluciones, habían organizado la fiesta. De Chantilly, de Compiègne y de Senlis acudían alegres cabalgatas que ocupaban su lugar en el cortejo rústico de las compañías del arco. Después del largo paseo a través de pueblos y burgos, después de la misa en la iglesia, las luchas de destreza y la distribución de los premios, los vencedores habían sido convidados a un banquete que se daba en una isla a la que daban sombra álamos y tilos, en medio de uno de los estanques que alimentan el Nonette y el Thève. Unas barcas empavesadas nos condujeron a la isla, cuya elección había estado determinada por la existencia de un templo oval con columnas, que serviría de sala para el festín. Allí, como en Ermenonville, el país está sembrado de esos ligeros edificios de finales del siglo XVIII, en los que los millonarios filósofos se inspiraron, para sus planos, en el gusto dominante de entonces. Creo que aquel templo había estado dedicado primitivamente a Urania. Tres columnas habían sucumbido, arrastrando en su caída parte del arquitrabe; pero se había despejado el interior de la sala y colgado guirnaldas entre las columnas, se había rejuvenecido aquella ruina moderna, que pertenecía al paganismo de Boufflers o de Chaulieu más que al de Horacio.

La travesía del lago se había imaginado tal vez para recordar el *Viaje a Citera* de Watteau. Sólo nuestros trajes modernos alteraban la ilusión. El inmenso ramo de la fiesta, sacado del carro que lo traía, se había ubicado en una gran barca; el cortejo de muchachas vestidas de blanco que lo

acompañan según la costumbre había ocupado su lugar en los bancos, y aquella graciosa *teoría* renovada de los días antiguos se reflejaba en las aguas tranquilas del estanque que la separaba de la orilla de la isla, tan bermeja bajo los rayos de la tarde con sus zarzales de espino, su columnata y sus claros follajes. Todas las barcas atracaron en poco tiempo. La canasta traída en ceremonia ocupó el centro de la mesa y cada cual tomó su lugar, los más favorecidos junto a las muchachas: para ello bastaba con que sus padres lo conocieran a uno. Por esta causa fui a parar junto a Sylvie. Su hermano ya se me había acercado en la fiesta, me regañó por no haber visitado a su familia en tanto tiempo. Me excusé con mis estudios, que me retenían en París, y le aseguré que había venido con esa intención.

—No, se olvidó de mí –dijo Sylvie–. Somos gente de pueblo, y París está tan por encima…

Quise besarla para cerrarle la boca; pero seguía enfurruñada conmigo y su hermano tuvo que intervenir para que me ofreciera la mejilla con aire indiferente. No obtuve ninguna alegría de aquel beso cuyo favor muchos otros obtenían pues, en este país patriarcal donde se saluda a cualquiera que pase, un beso no es más que una cortesía entre personas de bien.

Los organizadores de la fiesta habían preparado una sorpresa. Al final del banquete vimos cómo alzaba el vuelo desde el fondo de la gran canasta un cisne salvaje, hasta entonces cautivo debajo de las flores, que, con sus fuertes alas, levantando marañas de guirnaldas y coronas, terminó dispersándolas por todas partes. Mientras se lanzaba feliz hacia los últimos destellos del sol, nosotros atrapábamos al vuelo las coronas, con las que cada uno adornaba enseguida la frente de su vecina. Tuve la dicha de agarrar una de las más hermosas y Sylvie, sonriente, se dejó besar esta vez con más ternura que antes. Comprendí que así borraba el recuerdo de otros tiempos. En esta ocasión la admiré sólo a ella, ¡se había hecho tan hermosa! Ya no era la niñita de pueblo a quien desdeñara por otra más alta y más dada a las gracias mundanas. Todo en ella había mejorado: el encanto de sus ojos negros, tan seductores desde su infancia, se había vuelto irresistible; bajo la órbita arqueada de las cejas, su sonrisa, iluminando de repente unos rasgos regulares y plácidos, tenía algo de ateniense. Admiraba yo aquella fisonomía digna del arte antiguo en medio de las caritas menos agraciadas de sus compañeras. Sus manos, delicadamente alargadas; sus brazos, que se habían vuelto más blancos al redondearse; su talle esbelto, la hacían muy

diferente de cómo la había visto. No pude evitar decirle cuán distinta de ella misma la encontraba, esperando velar así mi antigua y rápida infidelidad.

Por otra parte, todo estaba a mi favor: la amistad de su hermano, la impresión encantadora de aquella fiesta, la hora de la tarde e incluso el lugar donde, por un capricho lleno de gusto, se había reproducido una imagen de las solemnidades galantes de antaño. En cuanto podíamos, nos escapábamos de la danza para charlar sobre nuestros recuerdos de infancia y admirar en un ensueño compartido los reflejos del cielo en el follaje y en las aguas. Fue preciso que el hermano de Sylvie nos arrancara de aquella contemplación, diciendo que era hora de regresar al pueblo, bastante alejado, donde vivían sus padres.

V. El pueblo

Era en Loisy, en la antigua casa del guarda. Los conduje hasta allí, luego regresé a Montagny, donde me hospedaba en casa de mi tío. Al dejar el camino para cruzar un bosquecillo que separa Loisy de Saint-S..., no tardé en internarme en una senda profunda que bordea el bosque de Ermenonville; esperaba encontrarme después con los muros de un convento que era preciso seguir por un cuarto de legua. La luna se ocultaba de vez en cuando bajo las nubes, iluminando apenas las rocas de arenisca oscura y los brezos que se multiplicaban bajo mis pasos. A derecha e izquierda, lindes de bosques sin caminos trazados y, siempre frente a mí, aquellas rocas druídicas de la comarca, que conservan el recuerdo de los hijos de Armen exterminados por los romanos. Desde lo alto de esos cúmulos sublimes veía los estanques lejanos recortarse como espejos sobre la llanura brumosa, sin poder distinguir aquel donde había tenido lugar la fiesta.

El aire estaba tibio y perfumado; decidí no seguir más lejos y esperar el amanecer tendido sobre unas matas de brezo. Al despertarme, reconocí poco a poco los puntos cercanos al lugar donde me había extraviado la noche anterior. A mi izquierda vi dibujarse la larga línea de los muros del convento de Saint-S...; luego, al otro lado del valle, la loma de Gens d'Armes, con las ruinas desmoronadas de la antigua residencia carolingia. Cerca de allí, por encima de la espesura del bosque, los altos vestigios de la abadía de Thiers recortaban sobre el horizonte sus trozos de muralla atravesados por tréboles y ojivas. Más allá, la casona gótica de Pontarmé, rodeada de agua como antaño, pronto reflejó los primeros fuegos del día, mientras se veía alzarse hacia mediodía el alto torreón de la Tournelle y las cuatro torres de Bertrand-Fosse sobre las primeras laderas de Montméliant.

Aquella noche había sido grata para mí y no pensaba más que en Sylvie; sin embargo, la visión del convento me dio por un instante la idea de que acaso allí viviera Adrienne. El tañido de la campana matinal aún seguía en mis oídos y sin duda me había despertado. Tuve, por un momento, la idea

de echar un vistazo por encima de los muros escalando hasta la punta más alta de las rocas; pero, luego de reflexionar, me abstuve de hacerlo como si de una profanación se tratara. Al crecer, la claridad del día ahuyentó de mi pensamiento aquel vano recuerdo y sólo dejó en él los rasgos rosados de Sylvie. «Vamos a despertarla», me dije, y retomé el camino de Loisy.

He aquí el pueblo al final de la senda que bordea el bosque: veinte chozas con las paredes festoneadas por la vid y las rosas trepadoras. Unas hilanderas madrugadoras, tocadas con pañuelos rojos, trabajan reunidas frente a una granja. Sylvie no está entre ellas. Es casi una señorita desde que ejecuta finos encajes, mientras que sus padres siguen siendo buenos aldeanos. Subí a su habitación sin causar sorpresa a nadie; levantada desde hacía rato, agitaba los bolillos de su encaje, que entrechocaban con un suave ruido sobre el mundillo verde que sostenían sus rodillas.

—¡Al fin llega, perezoso –dijo, con su divina sonrisa–; estoy segura de que acaba de salir de la cama!

Le conté mi noche sin sueño, mi vagabundeo extraviado a través de bosques y rocas. Quiso compadecerse de mí por un momento.

—Si no está cansado, lo haré correr un poco más. Iremos a ver a mi tía abuela en Othys.

Apenas había respondido cuando se levantó alegremente, se arregló el pelo frente al espejo y se cubrió la cabeza con un sombrero rústico de paja. La inocencia y la dicha resplandecían en sus ojos. Emprendimos el camino, siguiendo las orillas del Thève a través de los prados sembrados de margaritas y ranúnculos, y luego por los bosques de Saint-Laurent, cruzando a veces riachuelos y zarzales para abreviar la ruta. Los mirlos silbaban entre los árboles y los herrerillos se escapaban alegremente de los matorrales que rozábamos al pasar.

A veces encontrábamos a nuestro paso las pervincas que tanto apreciaba Rousseau, abriendo sus corolas azules entre los largos ramos de hojas acopladas, modestas lianas que sujetaban los pies furtivos de mi compañera. Ella, indiferente a los recuerdos del filósofo ginebrino, buscaba aquí y allá fresas perfumadas, y yo le hablaba de *La nueva Eloísa*, de la que le recité de memoria algunos fragmentos.

—¿Verdad que es bonito? –dijo ella.

—Es sublime.

—¿Mejor que Auguste Lafontaine?

—Es más tierno.

—Ah, bien –dijo–. Tendré que leerlo. Le diré a mi hermano que me lo traiga la próxima vez que vaya a Senlis.

Y seguí recitando fragmentos de la *Eloísa* mientras Sylvie recogía fresas.

VI. OTHYS

AL SALIR DEL BOSQUE encontramos grandes matas de digital púrpura; hizo con ellas un enorme ramo mientras me decía:

—Es para mi tía; estará muy contenta de tener estas flores tan hermosas en su habitación.

Sólo nos faltaba cruzar un trozo de llanura para llegar a Othys. El campanario del pueblo despuntaba sobre las laderas azulosas que van de Montméliant a Dammartin. El Thève susurraba de nuevo entre areniscas y guijarros, adelgazándose en las cercanías de sus fuentes, donde reposa en los prados formando un pequeño lago en medio de gladiolos e iris. Pronto ganamos las primeras casas. La tía de Sylvie vivía en una pequeña choza construida con piedras desiguales de arenisca, revestidas de emparrados de lúpulo y viña virgen; vivía sola de algunas parcelas de tierra que la gente del pueblo cultivaba para ella desde la muerte de su marido. Cuando llegaba su sobrina era como si la casa se incendiara.

—¡Buenos días, tía! ¡Aquí están tus chicos! –dijo Sylvie–. ¡Tenemos mucha hambre!

La besó con cariño, le puso entre los brazos el manojo de flores, y al fin se le ocurrió presentarme, diciendo:

—¡Es mi enamorado!

También yo besé a la tía, que dijo:

—Es muy simpático… ¡Conque un rubio!...

—Tiene el pelo fino y bonito –dijo Sylvie.

—Eso no dura –dijo la tía–. Pero ustedes tienen todo el tiempo por delante y, como tú eres morena, hacen buena pareja.

—Hay que darle desayuno, tía –dijo Sylvie.

Y empezó a buscar en los armarios, en la artesa, hasta que encontró leche, pan con salvado, azúcar, y dispuso sin mucho cuidado sobre la mesa los platos y bandejas de loza esmaltada con grandes flores y gallos de vivo plumaje. Un cuenco en porcelana de Creil, lleno de leche donde nadaban las

fresas, se convirtió en centro de mesa y, después de haber despojado el jardín de algunos puñados de cerezas y grosellas, colocó dos jarrones con flores en los dos extremos del mantel. Pero la tía había dicho estas hermosas palabras:

—Todo eso sólo son postres. Ahora déjenme a mí.

Descolgó el sartén y echó un haz de leña en la alta chimenea.

—¡No quiero que toques nada! –le dijo a Sylvie, que quería ayudarla–. ¡Dañarte esos bonitos dedos que hacen encajes más hermosos que los de Chantilly! Me regalaste unos, y yo sé de eso.

—¡Ah, sí, tía!... Por cierto, si tuviera trozos de encaje antiguo, me servirían de modelo.

—¡Pues bien, sube a mirar! –dijo la tía–. Tal vez haya alguno en mi cómoda.

—Deme las llaves –siguió Sylvie.

—¡Bah! –dijo la tía–. Los cajones están abiertos.

—No es cierto, hay uno que siempre está cerrado.

Y mientras la buena mujer fregaba el sartén después de haberlo pasado por el fuego, Sylvie desanudaba de los colgantes de su cinturón una llavecita de acero labrado que me mostró con gesto triunfal.

La seguí, subiendo rápidamente la escalera que llevaba a la habitación. ¡Ah juventud, ah vejez santas! ¿Quién habría pensado en empañar la pureza de un primer amor en aquel santuario de fieles recuerdos? El retrato de un joven de los buenos tiempos sonreía con sus ojos negros y la boca rosa, dentro de un óvalo con marco dorado colgado a la cabecera del rústico lecho. Llevaba el uniforme de guarda de caza de la casa de Condé; su porte medio marcial, su rostro rosado y benévolo, su frente pura bajo el cabello empolvado, realzaban aquel pastel, quizá mediocre, con las gracias de la juventud y la sencillez. Algún modesto artista invitado a las cacerías principescas se había aplicado en retratarlo lo mejor posible, así como a su joven esposa, a quien se veía en otro medallón, atractiva, maliciosa, elegante en su corpiño abierto con cordón de cintas, hacerle cosquillas entre muecas al pájaro posado sobre su dedo. Era sin embargo la misma anciana bondadosa que cocinaba en aquel momento, inclinada sobre el fuego del hogar. Aquello me hizo pensar en las hadas de Los Funámbulos que ocultan, bajo la máscara arrugada, un rostro atractivo que descubren en el desenlace, cuando aparece el templo del Amor con su sol giratorio, resplandeciente de fuegos mágicos.

—¡Ah, querida tía –exclamé–, qué bonita era usted!

—¿Y yo qué? –dijo Sylvie, que había logrado abrir el famoso cajón. En él había encontrado un gran vestido de tafetán jaspeado cuyos pliegues, al crujir, parecían gritar.

—Quiero probar si me queda bien –dijo–. ¡Ah, pareceré un hada vieja!

«¡El hada de las leyendas, eternamente joven!...», dije para mí. Y Sylvie ya se había desabrochado el vestido de indiana y lo dejaba caer a sus pies. El amplio vestido de la anciana tía se ajustó perfectamente al talle delgado de Sylvie, que me pidió que lo abrochara.

—¡Ah, qué ridículas son las mangas lisas! –dijo. Y sin embargo, las bocamangas guarnecidas de encajes descubrían admirablemente sus brazos desnudos, el pecho se destacaba en el sencillo corpiño con tules amarillentos, con cintas cruzadas, que bien poco había ceñido los encantos desvanecidos de la tía.

—¡Pero acabe ya! ¿Acaso no sabe abrochar un vestido? –me decía Sylvie. Tenía el aspecto de la novia de pueblo de Greuze.

—Necesitaría polvos –dije.

—Busquémoslos.

Volvió a husmear dentro de los cajones. ¡Ah, cuántas riquezas! ¡Qué bien olía aquello, cómo brillaba, cómo tornasolaba con vivos colores y modestos oropeles! ¡Dos abanicos de nácar un poco quebrados, cajas de pasta con motivos chinos, un collar de ámbar y mil chucherías, entre las que brillaban dos zapatitos de droguete blanco con hebillas incrustadas de diamantes de Irlanda!

—¡Oh! ¡Quiero ponérmelos –dijo Sylvie– si encuentro unas medias bordadas!

Al cabo de un instante, desenrollábamos unas medias de seda rosa claro con los talones verdes; pero la voz de la tía, acompañada por el chisporroteo del sartén, nos devolvió de repente a la realidad.

—¡Baje deprisa! –dijo Sylvie y, a pesar de mis ruegos, no me permitió ayudarla a calzarse. Mientras tanto, la tía acababa de verter en un plato el contenido del sartén, una loncha de tocino frito con huevos. La voz de Sylvie no tardó en llamarme:

—¡Vístase rápido! –dijo y, completamente vestida, me señaló la ropa de boda del guarda de caza reunida sobre la cómoda. En un instante me transformé en novio del siglo pasado. Sylvie me esperaba en la escalera y bajamos los dos cogidos de la mano. La tía lanzó un grito al darse vuelta:

—¡Oh, hijos míos! —dijo, y se puso a llorar; luego sonrió a través de las lágrimas. Era la imagen de su juventud, cruel y encantadora aparición. Nos sentamos junto a ella, enternecidos y casi serios, y luego la alegría nos volvió enseguida pues, pasado el primer momento, la buena anciana sólo pensó en recordar las pomposas fiestas de su boda. Incluso halló en su memoria los cantos alternados, entonces usuales, que se respondían de punta a punta de la mesa nupcial, y el ingenuo epitalamio que acompañaba a los novios a su regreso del baile. Repetíamos aquellas estrofas tan sencillamente ritmadas, con los hiatos y las asonancias de la época; amorosas y floridas como el cántico del Eclesiastés; fuimos el esposo y la esposa por toda una hermosa mañana de verano.

VII. Châalis

Son las cuatro de la madrugada; la carretera se hunde en un pliegue del terreno; vuelve a subir. El coche va a pasar por Orry, luego por La Chapelle. A la izquierda hay una carretera que bordea el bosque de Hallate. Por ahí, una tarde el hermano de Sylvie me llevó en su carreta a una solemnidad de la región. Era, creo, la tarde de San Bartolomé. A través de los bosques, por caminos poco frecuentados, su caballito volaba como al aquelarre. Regresamos al pavimento en Mont-l'Évêque y unos minutos más tarde nos deteníamos en la casa del guarda, en la antigua abadía de Châalis. ¡Châalis, otro recuerdo!

Este antiguo refugio de los emperadores ya sólo ofrece a la admiración las ruinas de su claustro de arcadas bizantinas, cuya última hilera se recorta aún sobre los estanques, vestigio olvidado de las fundaciones piadosas comprendidas entre esos dominios que antaño se llamaban las labranzas de Carlomagno. La religión, en este país aislado del movimiento de carreteras y ciudades, ha conservado huellas particulares de la larga estancia que allí hicieron los cardenales de la casa de Este en la época de los Médicis: sus atributos y costumbres aún tienen algo de galante y de poético, y se respira un perfume del Renacimiento bajo los arcos de las capillas de finas nervaduras, decoradas por los artistas de Italia. Las figuras de santos y ángeles se perfilan en rosa sobre las bóvedas pintadas de un azul tenue, con aires de alegoría pagana que hacen pensar en la sentimentalidad de Petrarca y en el misticismo fabuloso de Francesco Colonna.

Éramos unos intrusos, el hermano de Sylvie y yo, en la fiesta particular que tenía lugar aquella noche. Una persona de muy ilustre cuna, quien entonces era dueña de la finca, había tenido la idea de invitar a algunas familias de la región a una especie de representación alegórica en la que debían figurar algunas internas de un convento vecino. No se trataba de ninguna reminiscencia de las tragedias de Saint-Cyr; aquello se remontaba a los primeros intentos líricos importados a Francia en tiempos de los Valois.

Lo que vi representar era como un misterio de tiempos antiguos. El vestuario, compuesto de largas túnicas, sólo variaba por los colores del azur, del jacinto o de la aurora. La escena transcurría entre ángeles, sobre los escombros del mundo destruido. Cada voz cantaba uno de los esplendores de aquel globo extinto, y el ángel de la muerte definía las causas de su destrucción. Un espíritu subía del abismo, sosteniendo en su mano la espada flamígera, y convocaba a los demás para que vinieran a admirar la gloria del Cristo vencedor de los infiernos. Ese espíritu era Adrienne, transfigurada por su disfraz como lo estaba ya por su vocación. El nimbo de cartón dorado que ceñía su cabeza angélica nos parecía, muy naturalmente, un círculo de luz; su voz había ganado en fuerza y extensión, y las florituras infinitas del canto italiano bordaban con sus gorjeos de ave las severas frases de un recitativo pomposo.

Al repasar estos detalles debo preguntarme si son reales o si los soñé. El hermano de Sylvie estaba un poco achispado aquella tarde. Nos habíamos detenido algunos instantes en la casa del guarda donde, cosa que me sorprendió mucho, había un cisne con las alas desplegadas sobre la puerta y, luego, dentro de unos altos armarios en nogal tallado, un gran reloj de pared con su funda, y trofeos de arcos y flechas de honor sobre una diana de tiro roja y verde. Un enano perturbador, tocado con un gorro chino, que sostenía en una mano una botella y en la otra un anillo, parecía invitar a los tiradores a apuntar bien. El enano, estoy seguro, era de hojalata recortada. Pero la aparición de Adrienne, ¿es tan verdadera como estos detalles y como la existencia incuestionable de la abadía de Châalis? Sin embargo, fue sin duda el hijo del guarda quien nos hizo pasar a la sala donde tenía lugar la función; estábamos cerca de la puerta, detrás de una numerosa concurrencia sentada y gravemente conmovida. Era el día de San Bartolomé, singularmente ligado al recuerdo de los Médicis, cuyas armas enlazadas a las de la casa de Este decoraban aquellas viejas murallas... ¡Quizás este recuerdo es una obsesión! Afortunadamente, he aquí que el coche se detiene en la ruta del Plessis; me escapo del mundo de los ensueños y ya sólo me falta un cuarto de hora de marcha para llegar a Loisy por caminos muy poco frecuentados.

VIII. El baile de Loisy

Entré al baile de Loisy a esa hora melancólica y aún dulce en que las luces palidecen y tiemblan ante la proximidad del día. Los tilos, ensombrecidos en su parte baja, adquirían en sus copas una tonalidad azulosa. La flauta campestre ya no luchaba tan vivamente con los trinos del ruiseñor. Todo el mundo estaba pálido y, en los grupos ralos, me costó encontrar caras conocidas. Al fin divisé a la alta Lise, una amiga de Sylvie. Me besó.

—¡Cuánto tiempo sin verte, parisino! –dijo.

—¡Ah, sí, mucho tiempo!

—¿Y llegas a esta hora?

—Por la posta.

—¡Y sin mucha prisa!

—Quería ver a Sylvie. ¿Está todavía en el baile?

—No se va hasta por la mañana. ¡Le gusta tanto bailar!

Al cabo de un instante estaba a su lado. Su rostro lucía fatigado; sin embargo, sus ojos negros brillaban aún con la sonrisa ateniense de antaño. Un joven permanecía cerca de ella. Le hizo señas de que renunciaba a la contradanza siguiente. Él se retiró con un saludo.

Comenzaba a hacerse de día. Salimos del baile cogidos de la mano. Las flores de la cabellera de Sylvie se inclinaban entre sus cabellos sueltos; el ramo de su corpiño también se deshojaba sobre los encajes arrugados, sabia labor de sus manos. Le ofrecí acompañarla hasta su casa. Ya había amanecido por completo, pero el día estaba oscuro. El Thève susurraba a nuestra izquierda, dejando en sus recodos remolinos de agua estancada donde se abrían los nenúfares amarillos y blancos, donde reventaba como chiribitas el frágil bordado de los azúmbares. Las llanuras estaban cubiertas de gavillas y almiares de heno cuyo olor se me subía a la cabeza sin embriagarme, como lo hacía antaño el fresco aroma de los bosques y los zarzales de espinos florecidos.

No se nos ocurrió cruzarlos de nuevo.

—Sylvie –le dije–, usted ya no me ama.

Suspiró.

—Amigo mío –me dijo–, hay que entrar en razón; en la vida las cosas no pasan tal como deseamos. Usted me habló alguna vez de *La nueva Eloísa*; yo la leí, y me estremecí al caer, de entrada, en esta frase: «Toda muchacha que lea este libro está perdida». Sin embargo seguí adelante, confiando en mi razón. ¿Se acuerda del día en que nos pusimos los trajes de boda de mi tía?... Los grabados del libro representaban también a los enamorados con viejos atuendos de tiempos pasados, de modo que para mí usted era Saint-Preux y yo me reconocía en Julie. ¡Ah, por qué no regresó entonces! Pero se decía que usted estaba en Italia. ¡Allá habrá visto mucho más bonitas que yo!

—Ninguna, Sylvie, que tuviera su mirada y los rasgos puros de su rostro. Usted es una ninfa antigua a quien desconoce. Por cierto, los bosques de esta comarca son tan hermosos como los de la campiña romana. Allí hay unas masas de granito no menos sublimes, y una cascada que cae de lo alto de las rocas, como la de Terni. Allá no vi nada que pueda echar de menos aquí.

—¿Y en París?

—En París…

Sacudí la cabeza sin responder.

De golpe pensé en la imagen vana que me había extraviado por tanto tiempo.

—Sylvie –dije–, detengámonos aquí, ¿quiere?

Me lancé a sus pies; confesé, llorando a lágrima viva, mis irresoluciones, mis caprichos; evoqué al espectro funesto que se atravesaba en mi vida.

—¡Sálveme! –añadí–. Vuelvo a usted para siempre.

Volvió hacia mí su mirada enternecida…

En ese momento, nuestra conversación fue interrumpida por unas violentas risotadas. Era el hermano de Sylvie que nos daba alcance con esa bonachona y rústica alegría, secuela obligada de una noche de fiesta, que los numerosos refrescos habían alargado más de la cuenta. Llamaba al galán del baile, perdido a lo lejos entre los matorrales de espinos, y quien no tardó en reunírsenos. Aquel muchacho no se sostenía en pie mucho mejor que su compañero, parecía aun más incómodo por la presencia de un parisino que por la de Sylvie. Su aspecto cándido, su deferencia mezclada con turbación

me impedían guardarle rencor por haber sido el bailarín por quien nos habíamos quedado hasta tan tarde en la fiesta. Lo consideraba poco peligroso.

—Hay que regresar a casa –dijo Sylvie a su hermano–. ¡Hasta pronto! —me dijo, ofreciéndome la mejilla.

El enamorado no se ofendió.

IX. Ermenonville

No tenía ningunas ganas de dormir. Fui a Montagny para ver de nuevo la casa de mi tío. Una gran tristeza se apoderó de mí en cuanto divisé la fachada amarilla y las contraventanas verdes. Todo parecía en el mismo estado que antes; sólo que tuve que ir hasta donde el mayordomo para conseguir la llave de la puerta. Una vez abiertos los postigos, volví a ver con emoción los viejos muebles, conservados en el mismo estado y que se lustraban de vez en cuando; el alto armario de nogal, dos cuadros flamencos que, se decía, eran obra de un antiguo pintor antepasado nuestro; grandes reproducciones de Boucher y toda una serie enmarcada de grabados del *Emilio* y *La nueva Eloísa*, por Moreau; sobre la mesa, un perro disecado que había conocido en vida, antiguo compañero de mis correrías por los bosques, el último carlino tal vez, pues pertenecía a aquella raza perdida.

—En cuanto al papagayo –me dijo el mayordomo–, todavía vive. Lo llevé a mi casa.

El jardín presentaba un magnífico cuadro de vegetación salvaje. Reconocí, en un rincón, un jardín infantil que yo mismo había trazado años atrás. Entré estremecido al gabinete, donde aún se veía la pequeña biblioteca llena de libros selectos, viejos amigos de aquel que ya no estaba y, sobre el escritorio, algunos fragmentos antiguos hallados en su jardín, jarrones, medallas romanas, colección local que lo complacía.

—Vamos a ver al papagayo –le dije al mayordomo.

El papagayo reclamaba su almuerzo, como en sus mejores días, y me observó con su ojo redondo, bordeado por una piel cubierta de arrugas, que recuerda la mirada experta de los ancianos.

Lleno de las ideas tristes que me traía aquel retorno tardío a lugares tan amados, sentí la necesidad de ver de nuevo a Sylvie, la única figura viva y aún joven que me ataba a aquel país. Volví a emprender el camino de Loisy. Era el mediodía; todo el mundo dormía, cansado por la fiesta. Se me ocurrió la idea de distraerme con un paseo hasta Ermenonville, a una legua de

distancia por el camino del bosque. Era un hermoso día de verano. Primero disfruté la frescura de aquel camino que parece la alameda de un parque. Los grandes robles de un verde uniforme sólo alternaban con los troncos blancos de los abedules de follaje estremecido. Los pájaros callaban, y sólo oía el ruido que hace el pájaro carpintero al golpear los árboles para cavar su nido. En cierto momento estuve a punto de perderme, pues los postes cuyas tablillas indican las diversas rutas sólo ofrecen, en algunos trechos, caracteres borrados. Al fin, dejando el *Desierto* a la izquierda, llegué a la glorieta del baile, donde subsiste aún el banco de los ancianos. Todos los recuerdos de la antigüedad filosófica, resucitados por el antiguo propietario de la hacienda, me volvían en tropel ante aquella realización pintoresca del *Anacarsis* y del *Emilio*.

Cuando vi brillar las aguas del lago a través de las ramas de los sauces y avellanos, reconocí del todo un lugar adonde mi tío, en sus paseos, me había llevado muchas veces: el Templo de la Filosofía, cuyo fundador no tuvo la dicha de terminarlo. Tiene la forma del templo de la sibila tiburtina y, todavía en pie al abrigo de un bosquecillo de pinos, despliega todos esos grandes nombres del pensamiento que comienzan con Montaigne y Descartes, y terminan con Rousseau. Este edificio inacabado ya no es más que una ruina; la hiedra lo festonea con gracia, la zarza invade las gradas disyuntas. Allí, de niño, vi fiestas en las que muchachas vestidas de blanco venían a recibir premios de aplicación y obediencia. ¿Dónde están los matorrales de rosas que rodeaban la colina? El escaramujo y el frambueso ocultan sus últimos brotes, que regresan al estado silvestre. En cuanto a los laureles, ¿los cortaron, como dice la canción de las muchachas que ya no quieren ir al bosque? No, aquellos arbustos de la dulce Italia perecieron bajo nuestro cielo brumoso. ¡Por suerte el ligustro de Virgilio aún florece, como para apoyar la palabra del maestro inscrita encima de la puerta: *Rerum cognoscere causas!* ¡Sí, el templo se cae como tantos otros; los hombres, olvidadizos o fatigados, se apartarán de sus cercanías; la naturaleza indiferente recobrará el terreno que el arte le disputaba; pero la sed de conocer permanecerá eterna, móvil de toda fuerza y de toda actividad!

He aquí los álamos de la isla, y la tumba de Rousseau, vacía de sus cenizas. ¡Oh, sabio! Nos habías dado la leche de los fuertes, y nosotros éramos demasiado débiles para que pudiera aprovecharnos. Olvidamos tus lecciones, que nuestros padres sabían, y perdimos el sentido de tu palabra,

último eco de las sabidurías antiguas. ¡Sin embargo, no desesperemos y, como hiciste tú en el instante supremo, volvamos nuestros ojos hacia el sol!

Volví a ver el castillo, las aguas apacibles que lo bordean, la cascada que gime en las rocas y la calzada que une las dos partes del pueblo, cuyos ángulos están señalados por cuatro palomares, el césped que se extiende más allá como una sabana, dominado por laderas umbrías; la torre de Gabrielle se refleja desde lejos sobre las aguas de un lago artificial estrellado de flores efímeras; la espuma bulle, el insecto zumba... Hay que escapar del aire pérfido que se disipa al llegar a las areniscas polvorientas del desierto y las landas donde el brezo rosa sustituye al verde de los helechos. ¡Cuán solitario y triste es todo aquello! La mirada encantada de Sylvie, sus locas carreras, sus gritos alegres, ¡daban antaño tanta gracia a los lugares que acabo de recorrer! Era todavía una niña salvaje; sus pies iban descalzos, su piel bronceada a pesar del sombrero de paja, cuya larga cinta flotaba enredada con sus trenzas de pelo negro. Íbamos a beber leche a la granja suiza y me decían: «Qué bonita es tu enamorada, parisinito». ¡Ah, entonces ningún campesino habría podido bailar con ella! Sólo bailaba conmigo, una vez al año, en la fiesta del arco.

X. EL CRESPO

VOLVÍ A EMPRENDER EL CAMINO DE LOISY; todo el mundo estaba despierto. Sylvie iba vestida de señorita, casi al gusto de la ciudad. Me hizo subir a su habitación con toda la ingenuidad de antaño. Sus ojos resplandecían como siempre en una sonrisa llena de encanto, pero el arco pronunciado de sus cejas le daba por momentos un aire serio. La habitación estaba decorada con simplicidad, aunque los muebles eran modernos; un espejo con marco dorado había remplazado al antiguo tremó, en el que se veía a un pastor de idilio ofrecer un nido a una pastora azul y rosa. El lecho de columnas, castamente cubierto con una antigua persiana de seda rameada, había sido sustituido por una litera de nogal con una cortina en flecha; en la ventana, dentro de la jaula donde estaban antes las currucas, había canarios. Tenía prisa por salir de aquella habitación donde no encontraba nada del pasado.

—¿No trabajará hoy en sus encajes? –le dije a Sylvie.

—¡Ah!, ya no hago encaje, ya nadie lo pide en la región; incluso en Chantilly la fábrica cerró.

—¿Entonces qué hace?

Fue a buscar en un rincón de la habitación un instrumento de hierro que parecía una larga pinza.

—¿Qué es eso?

—Es lo que llaman la mecánica; es para sujetar la piel de los guantes al coserlos.

—¡Ah! ¿Es usted guantera, Sylvie?

—Sí, aquí trabajamos para Dammartin, es muy rentable en este momento; pero hoy no hago nada; vayamos adonde quiera.

Volví la mirada hacia la carretera de Othys: negó con la cabeza; comprendí que la vieja tía había dejado de existir. Sylvie llamó a un niñito y le hizo ensillar un burro.

—Todavía estoy cansada de ayer –dijo–, pero el paseo me sentará bien; vamos a Châalis.

Y henos aquí cruzando el bosque, seguidos por el niñito armado con una rama. Pronto Sylvie quiso detenerse, y la abracé al animarla a sentarse. La conversación entre los dos ya no podía ser muy íntima. Tuve que contarle mi vida en París, mis viajes…

—¿Cómo se puede ir tan lejos? –dijo.

—A mí mismo me sorprende al volverla a ver.

—¡Ah, es fácil decirlo!

—Y estará de acuerdo conmigo en que antes no era tan bonita.

—Eso no lo sé.

—¿Recuerda la época en que éramos niños, y usted la más alta?

—Y usted el más juicioso.

—¡Ah, Sylvie!

—Nos montaban en un burro, cada uno en una canasta.

—Y no nos tratábamos de *usted*... ¿Recuerdas que me enseñabas a pescar cangrejos bajo los puentes del Thève y del Nonette?

—Y tú, ¿te acuerdas de tu hermano de leche, que un día te sacó del *abua*?

—¡El Crespo! ¡Fue él quien me dijo se podía cruzar... el *abua*!

Me apresuré a cambiar de conversación. Aquel recuerdo me había hecho evocar con fuerza la época en la que venía a la región, vestido con un trajecito a la inglesa que hacía reír a los campesinos. Sólo Sylvie me encontraba elegante; pero no me atreví a recordarle aquella opinión de un tiempo tan lejano. No sé por qué mi pensamiento recayó sobre los trajes de boda que nos habíamos puesto en casa de la vieja tía en Othys. Pregunté qué había sido de ellos.

—¡Ah, la buena tía! –dijo Sylvie–. Me prestó su vestido para ir a bailar al carnaval de Dammartin, hace dos años. Un año después murió, pobre tía.

Suspiraba y lloraba tanto que no pude preguntarle en qué circunstancias había ido a un baile de máscaras; pero gracias a sus talentos de obrera, alcancé a comprender que Sylvie no era ya una campesina. Sólo sus padres habían permanecido en su situación, y ella vivía entre ellos como un hada industriosa, esparciendo abundancia a su alrededor.

XI. REGRESO

LA VISTA SE DESPEJABA al salir del bosque. Habíamos llegado a la orilla de los estanques de Châalis. Las galerías del claustro, la capilla de esbeltas ojivas, la torre feudal y el pequeño castillo que albergó los amores de Enrique IV y Gabrielle se teñían con los arreboles de la tarde sobre el verde oscuro del bosque.

—Es un paisaje de Walter Scott, ¿verdad? –decía Sylvie.

—¿Y quién le ha hablado de Walter Scott? –le dije yo–. ¡Ha leído usted mucho en estos tres años!... Yo trato de olvidar los libros y lo que me fascina es volver a ver con usted esta antigua abadía donde, de niños, nos escondíamos entre las ruinas. ¿Se acuerda, Sylvie, del miedo que le daba cuando el guarda nos contaba la historia de los monjes rojos?

—¡Ah, no me hable de eso!

—Entonces cánteme la canción de la hermosa joven raptada en el jardín de su padre, bajo el rosal blanco.

—Eso ya no se canta.

—¿Se ha aficionado usted a la música?

—Un poco.

—¡Sylvie, Sylvie, estoy seguro de que canta arias de ópera!

—¿Por qué se queja?

—Porque me gustaban las viejas melodías, y ya no las sabrá cantar.

Sylvie moduló algunas notas de una gran aria de ópera moderna... ¡Incluso *fraseaba*!

Habíamos bordeado los estanques cercanos. He aquí el verde césped, rodeado de tilos y olmos, donde hemos bailado tantas veces. Tuve la arrogancia de definir las viejas murallas carolingias y de descifrar el escudo de armas de la casa de Este.

—¡Y usted! ¡Sí que ha leído más que yo! –dijo Sylvie–. ¿De modo que es un erudito?

Me hirió su tono de reproche. Hasta entonces había buscado el lugar apropiado para renovar el momento de expansión de la mañana; pero, ¿qué decirle en compañía de un burro y un niñito muy avispado, que se complacía en acercarse a toda hora para oír hablar a un parisino? Entonces tuve la desgracia de contar la aparición de Châalis, que había permanecido en mis recuerdos. Llevé a Sylvie hasta la sala misma donde había oído cantar a Adrienne.

—¡Ah, deje que la oiga! –le dije–. ¡Que su querida voz resuene bajo estas bóvedas y ahuyente de ellas al espíritu que me atormenta, ya sea divino o fatal!

Ella repitió la letra y la melodía después de mí:

Ángeles, ¡bajen prontamente
Al fondo del purgatorio!...

—¡Es muy triste! –me dijo.

—Es sublime... Creo que es de Porpora, con versos traducidos en el siglo XVI.

—No sé –respondió Sylvie.

Regresamos por el valle, siguiendo el camino de Charlepont que los campesinos, poco inclinados por naturaleza a la etimología, se obstinan en llamar *Châllepont*. Sylvie, cansada del burro, se apoyaba en mi brazo. La carretera estaba desierta; intenté hablar de las cosas que llevaba en el corazón pero, no sé por qué, sólo encontraba expresiones vulgares o bien, de pronto, alguna frase pomposa de novela, que Sylvie podía haber leído. Me detenía entonces con elegancia absolutamente clásica, y ella se extrañaba a veces de aquellas efusiones interrumpidas. Cuando llegamos a los muros de Saint-S..., tuvimos que caminar con cuidado. Se atraviesan unas praderas húmedas donde serpentean los riachuelos.

—¿Qué fue de la monja? –dije de repente.

—¡Ah, es usted insoportable con su monja! ¡Perfecto!… perfecto: aquello terminó mal.

Sylvie no quiso decirme ni una palabra más.

¿Será que las mujeres se dan cuenta en verdad de que tal o cual palabra pasa por los labios sin salir del corazón? Nadie lo diría al ver cuán fácilmente se las engaña, a juzgar por las decisiones que suelen tomar: ¡hay hombres que representan tan bien la comedia del amor! Yo nunca me he

podido acostumbrar a ello, a pesar de que sé que algunas se dejan engañar a conciencia. Además, un amor que se remonta a la infancia es algo sagrado... Sylvie, a quien vi crecer, era para mí como una hermana. No podía intentar una seducción... Una idea totalmente distinta me vino a la mente. «A esta hora –pensé– estaría en el teatro... ¿Qué interpretará Aurélie (era el nombre de la actriz) esta noche? Desde luego, el papel de la princesa en el nuevo drama. ¡Ah, en el tercer acto, qué conmovedora está!... ¡Y en la escena de amor del segundo, con ese galán tan arrugado!»

—¿Está sumido en sus pensamientos? –dijo Sylvie, y se puso a cantar.

En Dammartin hay tres niñas bonitas:
Una de ellas más hermosa que el sol…

—¡Ah, malvada! –exclamé–. Ya ve que todavía se sabe canciones viejas.

—Si viniera más a menudo por aquí, las recordaría –dijo–; pero hay que pensar en lo importante. Usted tiene sus asuntos en París, yo tengo mi trabajo; no regresemos muy tarde: mañana tengo que levantarme con el sol.

XII. DON GORDO

IBA A RESPONDER, iba a caer a sus pies, iba a ofrecer la casa de mi tío, que todavía podía volver a comprar ya que éramos varios los herederos y la pequeña propiedad permanecía indivisa, pero en ese momento llegábamos a Loisy. Nos esperaban para cenar. La sopa de cebolla despedía a lo lejos su perfume patriarcal. Algunos vecinos habían sido invitados por ser el día siguiente de la fiesta. Reconocí enseguida a un viejo leñador, Don Gordo, que antaño en las veladas nos contaba unas historias muy cómicas o muy terribles. Sucesivamente pastor, mensajero, guardabosque, pescador, incluso cazador furtivo, Don Gordo fabricaba en sus ratos libres relojes de cucú y asadores. Por mucho tiempo se había dedicado a pasear a los ingleses por Ermenonville, llevándolos a los lugares de meditación de Rousseau y contándoles sus últimos momentos. Él había sido el niñito que el filósofo empleaba para clasificar sus hierbas, y a quien dio la orden de recoger la cicuta cuyo jugo exprimió en su taza de café con leche. El posadero de La Cruz de Oro le discutía ese detalle; de ahí surgieron odios prolongados. Por largo tiempo se le reprochó a Don Gordo la posesión de algunos secretos muy inocentes, como el de curar las vacas con un versículo dicho al revés y la señal de la cruz trazada con el pie izquierdo, pero pronto renunció a esas supersticiones gracias al recuerdo –decía él– de sus conversaciones con Jean-Jacques.

—¡Hete aquí, parisinito! –me dijo Don Gordo–. ¿Vienes a pervertir a nuestras muchachas?

—¿Yo, Don Gordo?

—¿Te las llevas al bosque cuando el lobo no está?

—Don Gordo, usted es el lobo.

—Lo fui mientras encontré ovejas; ahora sólo encuentro cabras, ¡y vaya si se saben defender! Pero ustedes, allá en París, son unos ladinos. Jean-Jacques tenía mucha razón cuando decía: «El hombre se corrompe en el aire envenenado de las ciudades».

—Don Gordo, usted sabe muy bien que el hombre se corrompe en todas partes.

Don Gordo empezó a entonar una canción de taberna; en vano quisieron detenerlo al llegar a cierta copla escabrosa que todo el mundo se sabía de memoria. Sylvie no quiso cantar, a pesar de nuestros ruegos, diciendo que ya no se cantaba en la mesa. Ya me había fijado en que el enamorado de la víspera estaba sentado a su izquierda. Había no sé qué en su cara redonda, en su pelo desgreñado, que no me resultaba desconocido. Se levantó y se puso detrás de mi silla diciendo:

—¿Entonces no me reconoces, parisino?

Una buena mujer que acababa de entrar para el postre, después de habernos servido, me dijo al oído:

—¿No reconoce a su hermano de leche?

Sin aquella advertencia, iba a quedar en ridículo.

—¡Ah, eres tú, Crespo! –dije–. ¡Eres tú, el mismo que me sacó del *abua*!

Sylvie se reía a carcajadas de aquel reconocimiento.

—Para no hablar –decía aquel muchacho abrazándome– del hermoso reloj de plata que llevabas, ni de que al regresar estabas mucho más preocupado por el reloj que por ti mismo, porque ya no funcionaba; decías: «*El bicho se hogó*, no hace tictac; ¿qué va a decir mi tío?...»

—¡Un bicho en un reloj! –dijo Don Gordo–. ¡Lo que les hacen creer a los niños en París!

Sylvie tenía sueño; pensé que había perdido su estima. Subió a su habitación y, mientras la besaba, dijo:

—¡Hasta mañana, venga a vernos!

Don Gordo se había quedado en la mesa con Sylvain y mi hermano de leche; charlamos por largo rato alrededor de un botellín de ratafía de Louvres.

—Los hombres son iguales –dijo Don Gordo entre dos coplas–; yo bebo con un pastelero como lo haría con un príncipe.

—¿Dónde está el pastelero? –dije.

—¡Mira a tu lado! Un joven que tiene la ambición de establecerse.

Mi hermano de leche pareció incómodo. Yo había comprendido todo. ¡La fatalidad me había reservado tener un hermano de leche en una tierra ilustrada por Rousseau, que quería eliminar las nodrizas! Don Gordo me contó que se hablaba mucho del matrimonio de Sylvie con el Crespo, quien

quería abrir un negocio de pastelería en Dammartin. No pregunté más. El coche de Nanteuil-le-Haudoin me llevó al día siguiente a París.

XIII. AURÉLIE

¡EN PARÍS! El coche tarda cinco horas. Sólo me urgía llegar al anochecer. Hacia las ocho estaba sentado en mi butaca habitual; Aurélie derramó su inspiración y su encanto sobre unos versos vagamente inspirados en Schiller, obra de un talento de la época. En la escena del jardín llegó a estar sublime. Durante el cuarto acto, en el que no aparecía, fui a comprar un ramo de flores donde madame Prévost. Le adjunté una carta muy tierna, firmada: Un desconocido. Pensé: «Aquí hay algo resuelto para el futuro», y al día siguiente estaba en camino hacia Alemania.

¿Qué iba a hacer allí? Tratar de poner en orden mis sentimientos. Si escribiera una novela, jamás lograría que se aceptara la historia de un corazón prendado de dos amores simultáneos. Sylvie se me escapaba por mi culpa; pero haberla vuelto a ver un día había bastado para devolverme el alma: ahora la colocaba como una estatua sonriente en el templo de la Sabiduría. Su mirada me había detenido al borde del abismo. Repelí aun con mayor fuerza la idea de comparecer ante Aurélie para luchar, así fuera un momento, con tantos enamorados vulgares que brillaban por un instante a su lado y volvían a caer destrozados. «Algún día veremos –pensé– si esta mujer tiene corazón».

Una mañana leí en un periódico que Aurélie estaba enferma. Le escribí desde las montañas de Salzburgo. La carta estaba tan impregnada de misticismo germánico que no debía esperar gran éxito de ella, pero tampoco pedía respuesta. Contaba un poco con el azar y con... *lo desconocido*.

Pasan los meses. A pesar de mis desplazamientos y distracciones, había emprendido la tarea de fijar en un argumento poético los amores del pintor Colonna por la bella Laura, convertida en monja por sus padres y a quien amó hasta la muerte. Algo en aquel tema se relacionaba con mis constantes preocupaciones. Una vez escrito el último verso del drama, ya sólo pensé en regresar a Francia.

¿Qué decir ahora que no sea la historia de tantos otros? Pasé por todos los círculos de esos lugares de tormento que llaman teatros. «He comido del tambor y bebido del címbalo», como dice la frase despojada de sentido aparente de los iniciados de Eleusis. Significa sin duda que en la necesidad hay que cruzar los límites del contrasentido y el absurdo: la razón, para mí, era conquistar y fijar mi ideal.

Aurélie aceptó el papel principal en el drama que había traído de Alemania. Jamás olvidaré el día en que me permitió leerle la obra. Las escenas de amor estaban pensadas para ella. Me parece que las dije con el alma, pero sobre todo con entusiasmo. En la conversación que siguió me revelé como el desconocido de las dos cartas. Me dijo:

—Está usted loco; pero vuelva a verme... Nunca he podido encontrar a alguien que supiera amarme.

¡Ah, mujer! Buscas el amor… ¿Y yo, qué? Los días siguientes, le escribí las cartas más tiernas, las más hermosas que sin duda recibiera jamás. Las que recibí de ella estaban llenas de razón. Por un instante se conmovió, me llamó a su lado y me confesó que le era difícil romper con un apego más antiguo.

—Si en verdad me ama *por mí* –dijo–, comprenderá que no puedo pertenecer más que a uno solo.

Dos meses más tarde recibí una carta llena de efusión. Corrí a su casa. En el intervalo alguien me dio un detalle valiosísimo. El apuesto joven que había visto una noche en el círculo acababa de enrolarse en los espahíes.

El verano siguiente había carreras en Chantilly. El elenco del teatro donde actuaba Aurélie daba allí una función. Una vez en la región, la compañía quedaba a las órdenes del director por tres días. Me había hecho amigo de aquel hombre bonachón, antiguo Dorante en las comedias de Marivaux, galán de dramas por mucho tiempo, y cuyo último éxito había sido el papel de enamorado en la obra imitada de Schiller, donde tan arrugado me lo había mostrado mi binóculo. De cerca parecía más joven y, como conservaba su delgadez, aún impresionaba en provincias. Tenía chispa. Yo acompañaba al elenco en calidad de *señor poeta*; convencí al director para que dieran funciones en Senlis y en Dammartin. Al principio se inclinaba por Compiègne; pero Aurélie fue de mi parecer. Al día siguiente, mientras iban a tratar con los propietarios de las salas y las autoridades, alquilé unos caballos y tomamos la ruta de los estanques de Commelle para ir a almorzar al castillo de la reina Blanca. Aurélie, de

amazona con sus cabellos rubios flotantes, atravesaba el bosque como una reina de antaño, y los campesinos quedaban deslumbrados –madame de F... era la única mujer que hubieran visto así de imponente y graciosa en sus saludos–. Después del almuerzo bajamos a unos pueblos que recordaban los de Suiza, donde las aguas del Nonette hacen mover los aserríos. Aquellas vistas gratas a mis recuerdos le interesaban sin que la detuvieran. Había planeado llevar a Aurélie al castillo, cerca de Orry, en la misma plaza verde donde había visto a Adrienne por primera vez. Ninguna emoción traslució en ella. Entonces le conté todo: le expliqué el origen de aquel amor entrevisto en las noches, más tarde soñado, realizado en ella. Me escuchaba con seriedad y me dijo:

—¡Usted no me ama! Espera que le diga: «la actriz es la misma que la monja»; usted busca un drama, eso es todo, y se le escapa el desenlace. ¡Basta, ya no le creo!

Esas palabras fueron un relámpago. Aquellos entusiasmos extraños que por tanto tiempo había experimentado, aquellos sueños, aquellos llantos, aquellas aflicciones y enternecimientos... ¿no eran, pues, amor? Entonces, ¿dónde está?

Aurélie actuó por la noche en Senlis. Creí notar que tenía debilidad por el director, el arrugado galán. Aquel hombre tenía un carácter excelente y le había hecho favores.

Aurélie me dijo un día:

—¡Ahí tiene al que me ama!

XIV. Última hoja

Tales son las quimeras que seducen y extravían en el albor de la vida. He intentado fijarlas sin demasiado orden, pero muchos corazones me comprenderán. Las ilusiones caen una tras otra, como las cortezas de un fruto, y el fruto es la experiencia. Su sabor es amargo; sin embargo tiene algo acre que fortifica (que se me perdone este estilo anticuado). Rousseau dice que el espectáculo de la naturaleza consuela de todo. A veces trato de volver a encontrar mis bosques de Clarens, perdidos al norte de París, entre las brumas. ¡Todo aquello ha cambiado mucho!

¡Ermenonville! ¡Tierra donde florecía aún el idilio antiguo, traducido por segunda vez según Gessner! Has perdido tu única estrella, que para mí se irisaba con un doble resplandor. Sucesivamente azul y rosa como el astro falaz de Aldebarán, era Adrienne o Sylvie; eran las dos mitades de un solo amor. Una era el ideal sublime, la otra la dulce realidad. ¿Qué me importan ahora tus penumbras y tus lagos, e incluso tu desierto? Othys, Montagny, Loisy, pobres aldeas vecinas, Châalis –en restauración–, ¡nada conservan de todo aquel pasado! A veces necesito ver de nuevo esos lugares de soledad y ensueño. Descubro tristemente en mí mismo las huellas fugitivas de una época en que lo natural era afectado; sonrío a veces al leer en el flanco de los granitos ciertos versos de Roucher, que me habían parecido sublimes, o máximas de altruismo encima de una fuente o de una gruta consagrada a Pan. Los estanques, cavados a tan alto costo, despliegan en vano sus aguas muertas que el cisne desprecia. ¡Se ha ido el tiempo en que las cacerías de Condé pasaban con sus orgullosas amazonas, cuando las trompas se respondían a lo lejos, multiplicadas por los ecos!... Para llegar a Ermenonville ya no hay ruta directa. A veces voy por Creil y Senlis, otras veces por Dammartin.

A Dammartin sólo se llega por la tarde. Entonces voy a dormir a *L'Image Saint-Jean.* Suelen darme una habitación bastante limpia, revestida de tapicerías antiguas, con un tremó encima del espejo. Esta habitación es un

último retorno a las antigüedades de baratillo, a las que hace tiempo he renunciado. Allí se duerme cálidamente bajo el edredón, como es costumbre en la comarca. Por la mañana, cuando abro la ventana enmarcada de vid y rosas, descubro extasiado un horizonte verde de diez leguas, donde los álamos se alinean como ejércitos. Algunos pueblos se resguardan aquí y allá bajo sus agudos campanarios, construidos, como se dice allí, en punta de hueso. Primero se distingue Othys, luego Ève, luego Ver; se distinguiría Ermenonville a través del bosque si tuviera campanario, pero en ese lugar filosófico se olvidaron de la iglesia. Después de haber llenado mis pulmones con el aire tan puro que se respira en aquellas mesetas, bajo alegremente y voy a dar una vuelta adonde el pastelero.

—¡Hola, Crespo!

—¡Hola, Parisinito!

Nos damos los amistosos puñetazos de la infancia; luego, subo cierta escalera donde los gritos alegres de dos niños acogen mi llegada. La sonrisa ateniense de Sylvie ilumina sus facciones hechizadas. Yo pienso: «Tal vez ahí estaba la felicidad; sin embargo...»

A veces la llamo Lolotte, y ella me encuentra cierto parecido con Werther pero sin las pistolas, que pasaron de moda. Mientras el Crespo se ocupa del almuerzo, llevamos a los niños a pasear por las alamedas de tilos que ciñen los restos de las antiguas torres de ladrillo del castillo. Mientras los chicos se ejercitan en el tiro de los compañeros del arco, clavando en la paja las flechas paternas, leemos algunas poesías o algunas páginas de esos libros tan cortos que ya no se hacen.

Olvidaba decir que el día en que el elenco del que formaba parte Aurélie dio una función en Dammartin, llevé a Sylvie al espectáculo y le pregunté si no encontraba que la actriz se parecía a una persona que ella había conocido.

—¿A quién, pues?

—¿Se acuerda de Adrienne?

Soltó una carcajada diciendo:

—¡Qué idea!

Luego, como reprochándoselo, prosiguió en un suspiro:

—¡Pobre Adrienne! Murió en el convento de Saint-S... por allá en 1832.